

COMENTARIOS

"SIN COLOR NI GRITO"



He leído el llamamiento de la Sociedad El Sitio, de Bilbao, a los liberales españoles. Me siento llamado en él, y no tanto por sentirme liberal—y ahora, después de lo que está pasando, más que nunca—cuanto por venir de la Sociedad en que nací a la vida pública, a mi obra de apostolado liberal y civil, en Bilbao, que es el Bilbao del 2 de mayo de 1874.

¡Qué de recuerdos y a la vez qué de esperanzas—los recuerdos son cantera de esperanzas—despierta en mi pecho esa fecha gloriosa en que terminó la gloriosa pasión de mi Bilbao, que la Sociedad El Sitio conmemora y representa! Y es esa Sociedad la que estaba más obligada en España a levantar su voz al ver alborotados y cantando ya victoria a los que fueron vencidos el 2 de mayo de 1874. Y aun a pesar del breve desquite que creyeron tomarse poco después en Estella, Bilbao y Estella simbolizaron entonces los dos polos de nuestra contienda civil.

El llamamiento a los liberales españoles que ha dirigido El Sitio es un documento de una gran serenidad y elevación de espíritu civil y liberal. Aunque decir liberal es ya decir civil. En los dos respectos, y muy especialmente en aquel en que civilidad es sinónimo de seglaridad. El llamamiento es de una gran serenidad y elevación de espíritu civil y seglar, aunque en él haya ciertas concesiones a contingencias del momento—acaso de la moda—que tal vez fueran inevitables.

Hay sin duda juicios de la contingencia de momento, que el tiempo se encargará de esclarecer.

La Sociedad El Sitio, de Bilbao—la historia de cuyos orígenes he narrado en alguna parte—, nació después del 2 de mayo de 1874, y nació en una taberna—y a mucha gloria!—, cuando aún había República, siquiera de nombre, en España. Entonces los verdaderos liberales eran en España republicanos. Los otros, los que en Bilbao se llamaron «sin color ni grito», no eran realmente liberales.

Aquéllos, los liberales «sin color ni grito», los que celebraron el golpe de espada del 3 de enero de 1874, esperando, ¡infelices!, que así serían desarmados los carlistas; aquéllos, los de la restauración

luego, fueron los que más adelante se creyeron obligados a excusar su liberalismo, puramente nominal, cuando se lanzó el grito de guerra: «¡El liberalismo es pecado!» ¡Había que oír entonces a los de sin color ni grito!

Sí; cuando nació El Sitio, la Sociedad, liberal, liberal de verdad, era en Bilbao y en España sinónimo de republicano. Después de promulgada la Constitución de 1876, la de la llamada Restauración, se hizo más difícil aún compaginar el liberalismo con la dinastía. El liberalismo dinástico español ha sido un equívoco y una fuente de errores y de claudicaciones. La servilidad ha sido su timbre.

Dice el llamamiento que no hay forma «de volver al régimen político anterior, cuyo restablecimiento nadie aceptaría». Dejemos la imprudencia de servirse de términos tan categóricos como *nadie*, y *todos*, y *unanimidad*, y otros por el estilo, y digamos que si aquel régimen—o mejor aquella forma del régimen—cayó—o parece que cayó—, se debe a que reposaba sobre un equívoco. Le hundió su servilidad.

En vano hablaban los liberales, unos, como el conde de Romanones, de Monarquía íntegramente democrática y que no se diferencía de una República burguesa; otros, como D. Santiago Alba, de República coronada; otros, como los sedicentes reformistas—conformistas mejor—, de la accidentalidad de las formas de gobierno; todo ello reposaba en un equívoco.

Dice el llamamiento que los liberales «parecen anonadados, confundidos, casi avergonzados de lo que antes se sentían orgullosos». A lo que no se resuelven los liberales es ha deshacer el equívoco en que han vivido estos cincuenta años.

Sabemos que el conde de Romanones, después de la última amargura que ha sufrido—después de la que sufrió en su corazón de padre, debe ser la mayor esta sufrida en su bien probada lealtad—, hablaba de retirarse de la política, ya que su monarquismo no traspasa los límites de la constitucionalidad. ¡Terrible fruto del equívoco de medio siglo!

Sí; los liberales sin color ni grito, los liberales no republicanos, los liberales conformistas, los liberales de la ambigua Constitución de 1876, los liberales

de la Restauración, de la Regencia y de la trasregencia—el estrambote de la regencia—, están avergonzados de lo que antes se sentían orgullosos.

Pero el equívoco mediosecular se está hundiendo por sí solo. Y de ahí viene el camelo del llamado «nuevo liberalismo», que ni es nuevo ni es liberalismo. Es a

lo más como un caldo de cultivo, una vacuna, en cuya confección son diestros los jesuitas.

Pero no; no hay más que un liberalismo, con color y con grito, y ese liberalismo, el que defendía mi Bilbao en 1874—su asedio empezó durante el régimen de la noble y limpia República española—, ese liberalismo tiene que borrar el equívoco de estos cincuenta años. Ya no es posible conformismo. Ya no cabe candidez como aquella de que dió muestras en las postrimerías de su vida aquel austero y noble, pero crédulo patricio, que fué D. Gumersindo Azcárate.

La Sociedad El Sitio, de Bilbao, no tiene sino recordar su origen, recordar cómo nació y para qué nació, y verá cuáles son las ideas a cuya propaganda pacífica está obligada.

Y volvemos a dirigirnos otra vez más a los preocupados y embozados de la «minoría selecta» para decirles si es que pretenden continuar el juego del conformismo y mantener el equívoco fatídico de la Restauración, la Regencia y la trasregencia, el equívoco del hoy llamado antiguo régimen.

El dilema nos parece claro, y más después de la actitud del tradicionalismo, antaño carlista: o liberales o dinásticos.

A lo que sólo hay que añadir que los socialistas son, ¡claro está!, liberales.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S